

Mujeres, ecología y conflicto: Saberes, agencias y mundos por venir

Giovana Suárez Ortiz / *Universidad del Quindío y*

Pontificia Universidad Javeriana-Bogotá

Valeria Ramírez Durán / *Investigadora independiente*

Queremos comenzar agradeciendo a la *Revista de Estudios Colombianos* por abrir este espacio y a quienes respondieron a la convocatoria. También queremos agradecer a quienes participaron en el proceso de evaluación y acompañaron la construcción de este número. Como ocurre con todo proyecto editorial, este dossier es el resultado de un trabajo colectivo y de muchas conversaciones. Cuando comenzamos a pensar esta convocatoria, partíamos de una inquietud que, seguramente, muchas personas aquí comparten: en los últimos años se ha consolidado un campo muy fértil de investigaciones sobre ecologías, conflicto armado, feminismos, memorias y territorios. Sin embargo, con frecuencia esas discusiones circulan por caminos paralelos. Encontramos trabajos sobre violencia ambiental, investigaciones sobre mujeres y conflicto, estudios sobre memoria, reflexiones desde las artes o desde la literatura; pero no siempre esos diálogos confluyen en un mismo espacio.

Nuestro propósito fue justamente ese: crear un lugar donde esas preguntas pudieran encontrarse. Así, la convocatoria proponía pensar las relaciones entre mujeres, ecología y conflicto, preguntándose por las formas en que las violencias socioambientales transforman los territorios y por las prácticas mediante las cuales distintas comunidades sostienen la vida en medio de esas transformaciones. No obstante, durante el proceso editorial ocurrió algo que nos pareció especialmente interesante: conforme fuimos leyendo los artículos, advertimos que, más allá de la diversidad de enfoques, disciplinas y metodologías, muchas de las contribuciones compartían una preocupación común. No se trataba únicamente de describir los daños producidos por la guerra o por el extractivismo; la pregunta parecía ser otra: ¿cómo comprender las relaciones que hacen posible la vida cuando esas relaciones han sido profundamente alteradas por distintas formas de violencia? Esa es la lectura que, como editoras, proponemos para este número.

La sección de ensayos se abre con el artículo de Juliana García-Díaz y Johana Herrera, dedicado a los Montes de María. A partir de la noción de “paz más que humana”, las autoras muestran que los impactos del conflicto armado no pueden comprenderse exclusivamente desde sus efectos

sobre las poblaciones humanas. El artículo invita a pensar también los daños producidos sobre los sistemas socioecológicos y sobre los saberes que históricamente han permitido habitar ese territorio, abriendo nuevas preguntas sobre la reparación y la justicia. Desde una perspectiva diferente, el trabajo sobre la Asociación Femenina Agropecuaria de San Cayetano (Subregión de Montes de María) de Katleen Marín-Uparela et al. dirige la atención hacia las prácticas agroecológicas desarrolladas por mujeres campesinas; el artículo muestra cómo esas experiencias articulan formas de organización comunitaria, producción de alimentos y cuidado del territorio, proponiendo una reflexión sobre la agroecología como práctica social y política. Las preguntas por el territorio adquieren otro registro en el artículo dedicado a las memorias ambientales del Magdalena mediante procesos de investigación-creación, desarrollado por Angélica Hoyos Guzmán y Judith Ballesteros. Las autoras exploran formas de memoria construidas a través de cartas dirigidas al mar, materiales audiovisuales y ejercicios de escucha colectiva; así, el texto amplía los lenguajes desde los cuales es posible aproximarse a las experiencias de violencia socioambiental y a las memorias que emergen de ellas. El artículo de Lina Duque introduce la literatura como acción crítica encarnada en esta conversación: a partir del análisis de escritoras colombianas contemporáneas como Pilar Quintana, Margarita García Robayo, Juliana Javierre y Vanessa Londoño, Duque examina las relaciones entre cuerpo, territorio, memoria y violencia desde una estética performativa, mostrando cómo la experiencia del espacio se configura a través de múltiples formas de desplazamiento y de inscripción corporal. Finalmente, el artículo de Rocío Zamora-Sauma propone una reflexión sobre las temporalidades de la memoria a partir del tiempo vegetal y de la fotografía; su lectura ofrece una manera distinta de pensar las relaciones entre pasado, memoria y futuro, invitando a considerar temporalidades que desbordan las narrativas lineales sobre la violencia y la reparación. El dossier incorpora también una entrevista a Eblin Grueso en diálogo con Constanza López Baquero. Nos parecía importante que este número no estuviera compuesto únicamente por artículos de investigación, pues la conversación con Grueso permite acercarse a la creación artística como un espacio de elaboración de experiencias territoriales, memorias y prácticas culturales,

ampliando las formas de producción de conocimiento presentes en el volumen.

Como editoras, creemos que la riqueza de este dossier no reside únicamente en la calidad individual de cada una de estas contribuciones, sino en la conversación que producen cuando se leen conjuntamente. Los artículos muestran que las relaciones entre mujeres, ecología y conflicto no constituyen un objeto homogéneo ni una agenda cerrada de investigación; por el contrario, revelan la necesidad de construir diálogos entre disciplinas, metodologías y formas de conocimiento diversas: ecología política, estudios literarios, investigación-creación, filosofía, estudios culturales y ciencias sociales aparecen aquí no como campos separados, sino como perspectivas que se interpelan mutuamente. Quizá por eso el subtítulo del dossier resulta tan importante, “Saberes, agencias y mundos por venir”; los saberes, porque todos los trabajos muestran que el conocimiento sobre los territorios se produce desde múltiples lugares y no únicamente desde la academia; las agencias porque las contribuciones permiten observar distintas formas de acción colectiva, creación, organización y producción de mundo; y los mundos por venir porque, aun cuando los artículos parten de escenarios marcados por distintas formas de violencia, también abren preguntas sobre las posibilidades de imaginar otras maneras de habitar los territorios y de reconstruir las relaciones que hacen posible la vida.

Para invocar a Ursula K. Le Guin, creemos que este número es una bolsa donde hemos recogido, heredado y pasado semillas para practicar otros mundos. En el diálogo que se tejió entre las autoras, pudimos ver que no es posible un territorio totalizado y unívoco, sino que las geografías—y con ellas, las subjetividades— se diseminan componiendo retazos donde se gestan comunales narrativas capaces de fisurar y de desfisurar. Estas comunales narrativas, además, son posibles por archivos sensibles que se activan gracias a cartas, relatos familiares, prácticas cotidianas, imágenes, silencios y narraciones intergeneracionales que permiten ir más allá del testimonio y de la representación para co-crear conocimiento situado entre humanos y más que humanos. Así es como aparecen las gramáticas de la escucha que, si nos atrevemos a estirar un poco el concepto, podemos pensar también como gramáticas del gusto en relación con las prácticas agroecológicas feministas que permiten pensar el derecho sobre la alimentación de forma más amplia y completa,

a saber: el derecho sobre las relaciones que hacen posible la alimentación. Entonces, ¿cómo entender sensiblemente las dimensiones del derecho? La reproducción vegetal y fotográfica son modelos analíticos que nos ayudan a pensar la latencia, la germinación, la reproducción fragmentaria y la ausencia presente en los procesos de memoria y restauración, las cuales no pueden ser entendidas como mero progreso, esclarecimiento en sentido lineal, superación o cierre. Entender la fragmentariedad nos posibilita ver cómo las semillas del pasado —en relación con ciertas fuerzas políticas, jurídicas y económicas— pueden germinar o permanecer no visibles, pero latentes. La justicia, entonces, necesita otras formas de ser escuchada, de hacerse legible y visible. Desde esta misma lente es que podemos leer la entrevista a Eblin Grueso, donde se encuentran la espiritualidad con el arte contemporáneo, en una especie de mediación o traducción (nunca una completa transposición) de voces humanas y más que humanas entre la vida y sus límites, cargados de la historia de la esclavización que está inscrita en la memoria corporal y oral. Esto es, precisamente, lo que permite que haya creaciones semióticamente más densas: desde el ensamblaje entre artistas y conocimientos ancestrales, científicos, filosóficos y sociales que apuestan por la justicia socioecológica y la paz más que humana como procesos vivos, constantes y co-creados.

Al final, quizá eso es lo que este dossier intenta poner en circulación, una conversación que parte de las experiencias de mujeres, comunidades y territorios atravesados por distintas formas de violencia, pero que termina interrogando cuestiones mucho más amplias sobre cómo conocemos, cómo recordamos, cómo habitamos el mundo y cómo imaginamos futuros compartidos. Más que ofrecer respuestas definitivas, esperamos que estas páginas inviten a seguir pensando esas preguntas y, sobre todo, a seguir construyendo los mundos por venir que anuncian el título y el horizonte de esta convocatoria. Estos mundos por venir son, precisamente, a los que retornamos, pues como entendemos con Bruno Latour, es en nuestro retorno cuando logramos aferrarnos y gravitar en nuestra tierra para defenderla. Por eso, queremos agradecer a Paula Ocampo, autora de la portada de este número. En este linogrado titulado “El retorno” vemos a una mujer que camina por tierras diversas y cambiantes, que no tienen solo un cultivo, sino que se abren como un lugar de posibilidades para seguir pensando la tierra y nuestra manera de habitarla, cuidarla, traducirla y comunicarnos con ella.